

EL MANUSCRITO SOBRE LA EXPEDICIÓN MALASPINA

José María CANO TRIGO

La expedición



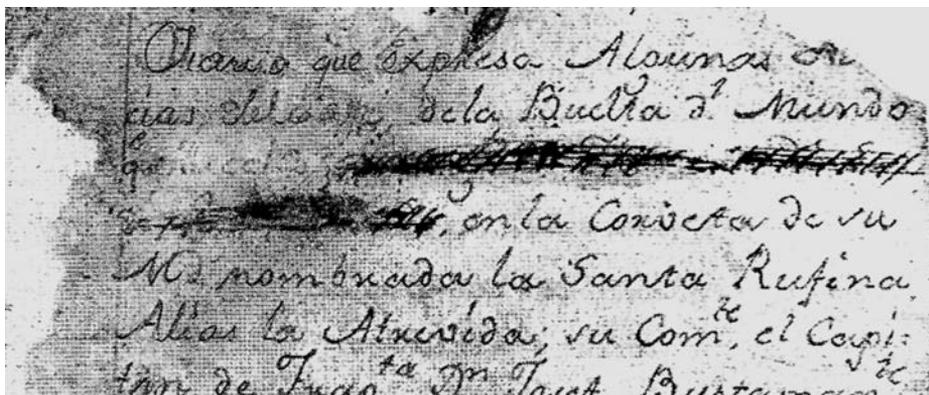
A célebre expedición española de las corbetas *Santa Justa* (alias *La Descubierta*) y la *Santa Rufina* (alias *La Atrevida*), al mando del capitán de fragata Alejandro Malaspina, partió del puerto de Cádiz en un viaje que duró cinco años (1789 a 1794). En principio iba a dar la vuelta al mundo, mas luego se limitó a las costas de América del Sur en el Atlántico y de las de toda América en el Pacífico, hasta Alaska, islas Carolinas, Filipinas, costas de Australia, Nueva Zelanda e islas Vavao. Sus resultados fueron sorprendentes, constituyendo una de las más importantes expediciones de la época de La Ilustración.

Las dos corbetas, que habían sido construidas en La Carraca con todos los adelantos de la época, navegaron casi siempre en conserva, como se dice en términos marineros. A veces, por orden de Malaspina, se separaban para distintas misiones, y *La Atrevida*, al mando de su comandante el capitán de fragata José Bustamante y Guerra, después de las exploraciones encomendadas volvía a reunirse en un puerto fijado de antemano.

El manuscrito

La Asociación de Amigos del Museo Naval de Madrid adquirió en el año 2003 un manuscrito interesantísimo titulado *Diario que expresa algunas ocurrencias del viaje de la vuelta al mundo que ha hecho [...] en la corbeta de S. M. nombrada La Santa Rufina, alias La Atrevida. Su comandante, el capitán de fragata don Joseph Bustamante y Guerra.*

El nombre del autor de este manuscrito, que en el título aparece entre corchetes, fue borrado y tachado debido a los sucesos ocurridos al regreso de la expedición.



El nombre que se intentó suprimir tal como aparece en el manuscrito.

Como sabemos, Godoy mandó encarcelar a Malaspina y confiscar todos los documentos procedentes de la expedición, de los que sólo se salvaron las cartas náuticas, que se publicaron por lo necesarias que eran para la navegación por los mares recorridos en aquellos cinco fructíferos años.

Todos los miembros de la expedición fueron obligados a entregar cuanta documentación tuviesen, y el autor de este manuscrito optó por suprimir su nombre y esconderlo en una viga de su casa, envuelto en un trozo de paño, en la calle Magdalena de Ferrol; manuscrito que al cabo de más de dos siglos fue felizmente encontrado al ser derribada la casa.

Su estado de conservación era bastante deficiente, pero ha sido restaurado cuidadosamente y reproducido en facsímil, fotografiándose cada una de sus páginas. Fue prologado por la doctora María Dolores Higuera, gran especialista en esta expedición, quien catalogó todos los documentos, que se conservan en el Museo Naval de Madrid, publicando su obra en tres tomos.

Ella opina que el autor fue el capellán de *La Atrevida*, Francisco de Paula Añino. Y llega a esta conclusión por varios detalles: las fuertes convicciones morales que se detectan en su redacción, su cultura que aflora en el texto, sus detalles en cuanto a templos y órdenes religiosas que va encontrando en los distintos puertos en los que hace escala la expedición, etc. Aunque también le extraña que no haga comentario alguno sobre los durísimos castigos que los nativos de las islas del Pacífico imponían a los que cometían adulterio, por ejemplo.

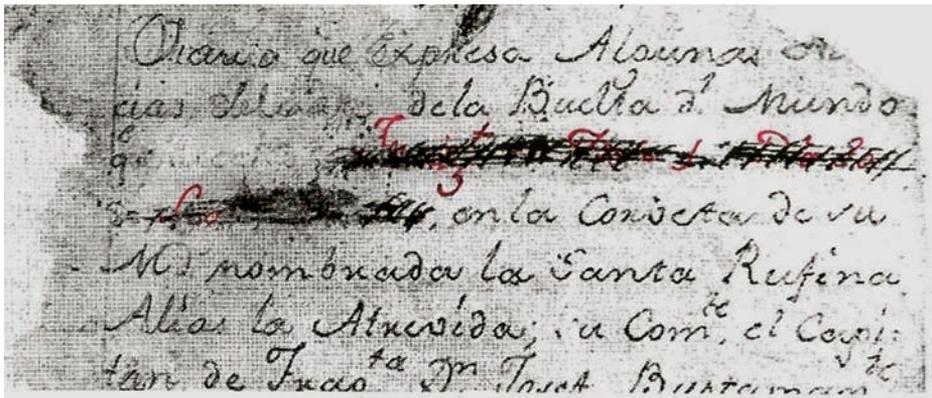
Pero precisamente por ese detalle y por no hacer comentarios en cuanto a la pérdida de algún marinero arrebatado por la mar en alguno de los temporales, o al canibalismo del cacique de Nutka, que tiene que comerse a nueve muchachos para reponerse de una gran enfermedad que había sufrido, empe-

zaron mis dudas sobre la autoría del manuscrito que la doctora Higuera deja abierta a la investigación de otros estudiosos.

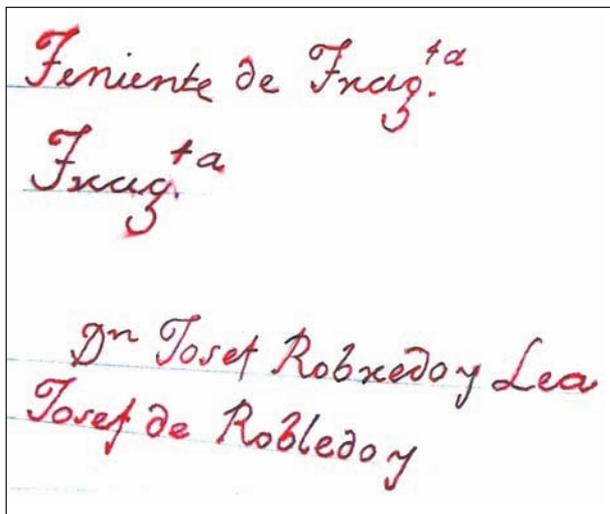
Mis conocimientos sobre la expedición de Malaspina no son, ni mucho menos, comparables a los de ella, pero mis dudas empezaron al llegar a la página 55 vuelta, en que después de noventa y seis días de mar en el Pacífico, en donde habían padecido «dos temporales desorbitantes», tienen muchas averías en los aparejos, no sólo en las velas, vergas y jarcias, sino hasta en las «ostagas». Las ostagas son los cabos que pasan por el motón situado en la cruz de las vergas y por el de la cabeza del mastelero y sirven para izar las vergas. No creo —pensé— que fueran muy conocidas por el páter.

Continué «traduciendo» con mucho esfuerzo, porque la verdad es que la grafía de hace más de dos siglos no era la de ahora. Llegué a las páginas 76 y 77 y me sorprendió la temible navegación de la *Atrevida* entre bancas de nieve cuando buscaba por el Atlántico Sur las islas Aurora. Hay un pasaje impresionante cuando se encuentran al anochecer entre bancas enormes y se disponen a pasar la noche navegando, sorteándolas y temiendo un abordaje. Dice el manuscrito: «...fue forzoso tomar dos rizos a las gavias y se metió la sobremesana dentro, largando la mayor y trinquete arriba y quedamos con solo las dos gavias sobre los rizos y estas arriadas». Este párrafo, pienso, no puede ser escrito más que por un oficial de Mar y Guerra, como se llamaba en aquel tiempo el Cuerpo General.

Y si es así, a la vista de la dotación de la *Atrevida* se deduce lo siguiente: el autor del manuscrito no pudo ser el segundo comandante, Antonio de Tova y Arredondo, puesto que éste escribía sus memorias, que publicó en su día el capitán de fragata Lorenzo San Feliú Ortiz bajo el título *62 meses a bordo en*



Señalados en rojo los trazos que estimamos restos del rótulo que se intentaba ocultar.



Sobre de papel transparente, con la grafía propia del manuscrito; se calcaron los rótulos de la categoría y nombre del que sospechábamos.

aquella célebre «Biblioteca de Camarote» de los años cuarenta del pasado siglo, que leíamos a bordo con gran avidez en cuanto se recibía. Por otro lado, el autor había de ser alguien que no se hubiera separado de la corbeta en los años que duró la expedición. Dionisio Alcalá Galiano no pudo ser, pues formó parte de los reconocimientos en distintas ocasiones (comisión científica en Nueva España y reconocimientos de los canales de Juan de Fuca con las goletas). Juan

Gutiérrez de la Concha tampoco, pues se quedó reconociendo el golfo de San Jorge y luego fue destinado a Paraguay. Antonio Pineda también formaba parte de la comisión en Nueva España.

En resumen, que el único que pudo ir escribiendo sus memorias desde la salida de Cádiz hasta la vuelta a Montevideo para iniciar su regreso a Cádiz fue el teniente de fragata José Robredo de Lea.

Ante esta sospecha, se fotografió y amplió la mancha resultante de la suspensión del nombre. Luego, con la grafía misma del manuscrito se escribió el nombre y la graduación del teniente de fragata Robredo sobre papel vegetal, y desplazándolo sobre la mancha se vio que coincidían los restos del rótulo suprimido que habían quedado visibles después del intento, particularmente la abreviatura de fragata.

En cuanto al apellido, no cabe duda que era Robredo, aunque en las memorias de la expedición que hace también el alférez de navío Francisco Javier de Viana y Alzáibar dice Robledo; pero también al citar a Dionisio Alcalá Galiano le llama Dionisio Galeano. En realidad existen los dos apellidos, Robledo y Robredo: en el *Índice Nobiliario* de Julio de Atiénzar, Robledo, castellano, y Robredo, de origen vasco. El Robredo al que nos referimos probó su nobleza en la Real Compañía de Guardias Marinas. Su padre era Tomás de Robredo y Ximénez de Ibluzqueta, según Dalmiro de la Válgoma.

Al regreso de la expedición, las dos corbetas pasaron a desguace a La Carraca y sus dotaciones a diferentes destinos. Robredo fue destinado a

